

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo III



ARTÍCULOS GENERALES.

UN NUEVO LIBRO INGLÉS SOBRE ESPAÑA.

Spain, I think, will always remain an undiscovered country, for the reason that there are few who have the intrepidity of spirit necessary to discover it.

T. E. CRAWFORD FLITCH.

“CREO que España seguirá siendo siempre un país por descubrir por causa de que hay pocos que tengan la intrepidez de espíritu necesaria para descubrirlo.” Estas palabras de mi amigo Mr. T. E. Crawford Flitch, en el libro que, como primer fruto de una peregrinación en estudio de Goya, escribió sobre España (1) me hirieron vivamente. Y es porque expresan una de mis más arraigadas convicciones.

Hace, en efecto, falta intrepidez para ponerse a descubrir a España; les hace falta a los extranjeros, nos hace falta a los españoles mismos, sobre todo a los que se creen europeizados. Acaso las condiciones que se requiere para ser un investigador metódico, lo que podríamos llamar un sociólogo — y ahora omito el dejo de desdeñosa zumba que suelo dar a este calificativo — sean condiciones repelentes con las que necesita el que haya de hundirse en las entrañas de nuestro pueblo. Al cual le han visto siempre mejor los artistas que no los hombres de ciencia. Y Mr. Flitch, que es un artista, ha sabido verlo, a pesar de esas palabras. ¡No, a pesar de ellas, no! Esas palabras prueban que ha sabido verlo.

Las escribió a raíz de su visita a Fuendetodos, el lugarejo aragonés en que nació D. Francisco de Goya y Lucientes.

Y esas palabras prueban que Mr. Flitch vino a buscar un país desconocido y que no se le puede aplicar lo que de otros viajeros dice, y es que viajan no para encontrar un país extranjero — a foreign country — sino para encontrarse a sí mismos, que es el principal empleo de su viaje. Lo que aunque de lejos se relaciona con lo que acostumbro decir, de que los más de esos que devoran leguas y platos cosmopolitas de hotel no lo hacen por amor al lugar a que van, sino por odio de aquel en que se hallan, huyen de todos. Es decir, huyen de sí mismos.

Mr. Flitch se complace en no pocos de los lugares por donde pasa y procura alargar las horas. Su humor es, a la española, el de prolongar el tiempo. Mine is the procrastinating way; nos lo dice él mismo. Y no creo que esté tan lejos de nuestro más castizo arte nacional: el de hacer tiempo para matarlo. Y gusta de nuestros lugarejos. Estoy esperando el día en que nos cuente una excursión que conmigo hizo, en un cochecillo, a través de la llanada

(1) A Little Journey in Spain: Notes of a Goya Pilgrimage, by T. E. Crawford Flitch, author of Mediterranean Moods, etc. London: Grant Richards, Ltd., MDCCCXIV.

1cc





de la Armuña, desde esta ciudad de Salamanca, a ver en un lugarejo, Negrilla de Palencia, una representación teatral, por aficionados del pueblo, en una panera.

Mr. Flicht emprendió su peregrinación y desde Barcelona fué a Zaragoza, de ésta a Madrid, siempre en busca de Goyas, visitó Toledo y acabó recalando en esta Salamanca, *that city of golden silence*. Acá no vino buscando Goyas; acá vino en busca. . . . — ¿porque no he de decirlo? — de mí. Es decir, de un español.

Y en ese viaje Mr. Flicht, que antes se había preparado visitando las islas de nuestro Mediterráneo — Mallorca, Menorca, Ibiza y Cerdeña (2) — supo ver algo más de lo que entra por los ojos. Y sobre todo ha sabido confesar lo que no pudo ver, lo que no pudo sentir. “Hay algo en la desolación, en el abandono, en la opresiva paz de estos perdidos lugarejos de la vieja España, para lo que mi espíritu, lo confieso con rubor y pena, no es suficientemente robusto.” Esta confesión nos prueba que supo sentir lo que sintió, que supo gustar la opresiva paz — *the oppressive peace* — de nuestros campos.

El nos habla en otra parte de falta de la alegría, de la *joylessness* de nuestro arte pictórico, y él ha sabido entender nuestro agudo sentido ibérico de la tragedia — *the keen Iberian sense of tragedy* — la desesperación y abnegación de la vida que nos vuelve a ratos — *the Iberian recurrent despair and denial of life*.

Pero vedle frente a los retratos de *hombres desconocidos* que pintó el Greco y que están en el Museo del Prado: “Si estos fueron típicos españoles de la edad de la Armada, y así lo creo, pienso que la historia de España necesita ser escrita de nuevo. No son altaneros grandes, ni beatos quemadores de herejes, ni truculentos piratas. Sus rostros pálidos y pensativos parecen indicar una vida interior encendida por tan intensa llama como para casi consumir sus fuerzas corporales. Son místicos, pero con el sagaz juicio práctico que es no pocas veces el complemento de un sano misticismo. Sus ojos están turbados y perplejos, como si se hubiesen llegado a cansar de la larga contemplación de los altos misterios de la vida y de la muerte. Tienen esa mirada de desilusión que viene, acaso, a todos los que esperan de la vida más de lo que ella puede dar. Jamás lograron la certeza y la confianza que con ella viene; a lo sumo consiguieron una especie de serenidad que es más que media resignación. Según miraba a unos y otros, no pude menos que recordar aquellos retratos de sus contemporáneos y enemigos, los rebeldes burgomaestres protestantes de Haarlem. Cuanto más a sus anchas en el mundo están estos prósperos hombres de negocios, cuan confortados por una suficiente razón de comida y bebida, cuan confiados en sí mismos y en su mundo, ¡qué poco preocupados por dudas respecto a la derechura fundamental de las cosas! No hay que acudir a los historiadores para averiguar quién habría de vencer en la lucha, si ellos o sus enemigos españoles. Son los hombres que han nacido para el buen éxito, o lo que se llama así entre los hombres, los niños mimados de la Fortuna. Estos otros están sencillamente predestinados al fracazo — los *enfants perdus* del mundo, aquellos para

(2) *Mediterranean Moods: Footnotes of travel in the islands of Mallorca, Menorca, Ibiza and Sardinia*, by T. E. Crawford Flicht, M.A. London: Grant Richards, Ltd., 1911.





4-29

quienes en la lotería de la vida estaban reservadas las bolas negras. Y a éstos es a los que me complazco en contar mis amigos. Y curando llego a odiar este duro Madrid de un brillo agrio — *this hard, glittering Madrid* — tan ansioso ahora de cumplir la especie de éxito de que los burgo-maestres holandeses poseían la clave, me alegro de poder ir a conversar con estos abandonados que bebieron las lágrimas de la derrota y aprendieron de su sabiduría, que es la locura del mundo.”

El hombre que después de haber sentido la opresiva paz de los lugarejos perdidos en la estepa aragonesa y haber comprendido que España es un país indescubrible, para el espíritu europeo al menos, va a conversar en silencio con los hombres desconocidos del Greco y siente toda la grandeza interior de la derrota y los derrotados, toda la excel-situd de Don Quijote caído y molido y magullado y blanco de las risas de los cuerdos satisfechos de la vida, este hombre ha descubierto a España. La ha descubierto como no puede seguramente descubrirla nuestro apasionado y estrecho patriotismo regional — *passionate, narrow, regional patriotism*.

¡ Y qué bien está eso de llamar regional a nuestro patriotismo nacional ! Toda la nación es aquí región ; todo nuestro patriotismo, el grande, y hasta el de la máxima Hispania — para los que le tengan — es patriotismo de campanario. ¡ Y loado sea Dios ! Y qué bien nos define cuando dice que el español “ espiritualmente es un montenegrino, uno que habita un país árido pero pelea apasionadamente por su independencía.” No tanto como debería, añado yo. No sabemos defender nuestra pobreza, no sabemos ser pobres todo lo que nos fuera menester.

Id luego con Mr. Flitch a Toledo, y después mirad con él los terribles dibujos de Goya sobre los desastres de la guerra, la obra maestra acaso del áspero y trágico humor español, esa obra en que la sátira se funde con la elegía, esa risa de desesperación. También a Mr. Flitch le hirió en la retina del alma aquella palabra terrible de Goya en uno de sus dibujos: *Nada*.

Y como debo decirlo todo, no quiero callar que uno de los principales guías que Mr. Flitch ha tenido en su excursión por nuestra íntima España, en su correría espiritual por las espirituales estepas soleadas de nuestra España, he sido yo. Mi nombre, que encabeza el libro — pues se abre con una carta abierta que el autor me dirige — aparece luego varias veces en el cuerpo de la obra, para apoyar puntos de vista de Mr. Flitch y que nos son comunes. ¿ Había de dejar yo por eso de escribir estas líneas ? Todo lo contrario. Los españoles españolizantes de España, conscientes de nuestra españolidad y orgullosos con ella, debemos abrir los brazos a aquellos que por comprender que no se puede descubrir a la europea a nuestro pueblo, es decir, que no se le puede meter en uno de los casilleros trazados de antemano por la sociología, por eso mismo la descubren.

Es muy fácil que tampoco los otros pueblos sean así clasificables, que también ellos tengan que defender su espíritu contra las categorías, pero allá ellos con su pleito.

Y quiera Dios que el libro de Mr. Flitch enseñe a los que lo lean y no conozcan nuestra España y quieran venir a ella, a venir como debe venirse, como debe acaso irse a todo país, no a rellenar celdillas, sino acaso a hacerse alguna nueva en el espíritu.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES